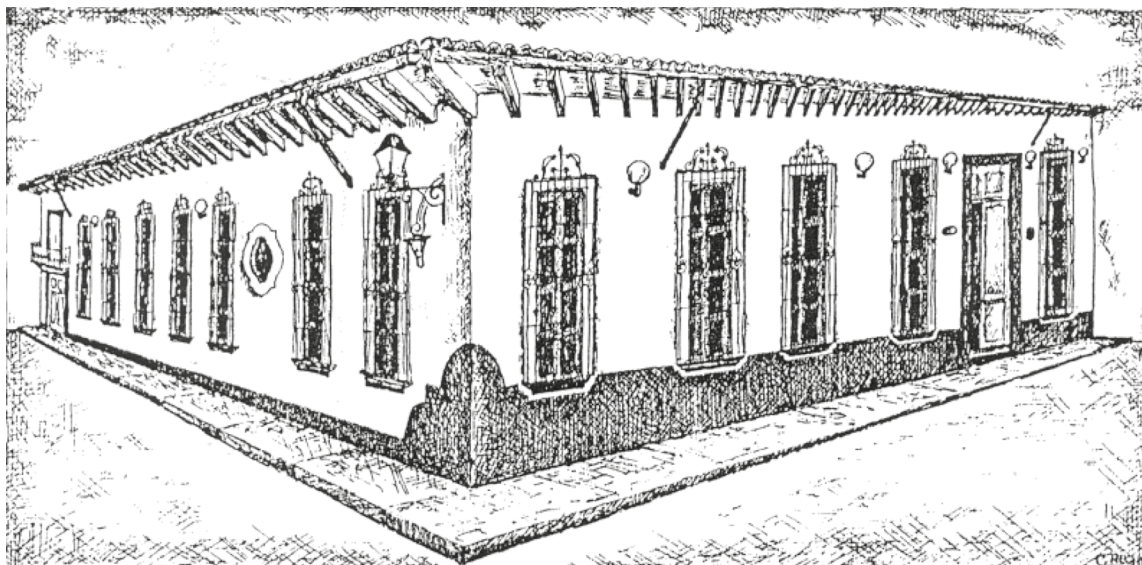


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



5

Campesinos: ¿de qué hablamos?

DAVID SKERRITT GARDNER

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: José Velasco Toro

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Ramón Ramírez Melgarejo

CUADERNO DE TRABAJO N° 5

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Diseño: Ignacio Aguilar Marcúe

Cuidado de la edición: Horacio Guadarrama Olivera

Noviembre de 1998

Impreso en México

Campesinos: ¿de qué hablamos?

DAVID SKERRITT GARDNER

Cuadernos de trabajo

Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

campesino, na. adj. Dícese de lo que es propio del campo o perteneciente a él. || Dícese de la persona que vive y trabaja de ordinario en el campo.

campesinado. m. Conjunto o clase social de los campesinos.

Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, 21ª ed., 1992, p. 268.

Definiciones

Estas definiciones retomadas de la Real Academia Española encapsulan con extrema sencillez el significado del término *campesino*, y de su correlato colectivo de *campesinado*. Probablemente todos tengamos una visión de qué se trata la categoría de campesino; asimismo, los múltiples sustantivos adjetivados con campesino(a) –sociedad campesina, cultura campesina, economía campesina, comunidad campesina, para nombrar algunos– proporcionan muchos significados imaginados. No obstante, campesino también es la categoría que más problemas nos presenta; a pesar de la aparente sencillez de su definición y empleo, también siembra la confusión. A diferencia de otras categorías sociales, campesino atraviesa una muy larga temporalidad de más de mil años, de tal forma que aparece en distintos periodos históricos y en espacios muy diferentes. Y esa longevidad no es simplemente una referencia a su existencia temporal, sino precisamente refleja su presencia como una categoría *relevante*, capaz de ponerse sobre una agenda de una escala que rebasa los horizontes de su mundo inmediato. Vale la pena preguntarse: ¿de qué hablamos cuando utilizamos el término campesino, sea como sustantivo sea como adjetivo?

Hace más de 30 años, Eric Wolf nos proporcionó una definición que todavía mantiene una amplia aceptación. Comencemos con ella. Los campesinos, afirma Wolf, son “[...] cultivadores rurales cuyos excedentes se transfieren al grupo dominante de los gobernantes, quienes emplean los excedentes para asegurar su propio nivel de vida y para distribuir el restante a grupos de la sociedad no rurales que requieren de alimentos a cambio de sus bienes y servicios”.¹

¹ “Peasants are rural cultivators whose surpluses are transferred to a dominant group of rulers that uses the surpluses both to underwrite its own standard of living and to distribute the remainder to groups in society that do not farm but must be fed for their specific goods and services in return.” Eric Wolf, *Peasants*, Prentice Hall, New Jersey, 1966, pp. 3-4.

En esta breve cita encontramos un complejo sistema definitorio: establece la ubicación del campesino en el marco de lo que llamamos rural, en el entendido de existe su contraparte en el ámbito urbano; marca una relación de dominación/subordinación entre el campesino y la clase dominante de la sociedad, y sugiere una configuración económica que hace interdependientes los ámbitos rural y urbano.

Retomemos primero el aspecto económico de la definición de Wolf. El campesino es un pequeño productor agrícola que controla sus medios de producción, que son fundamentalmente la posesión de tierra, pero que incluye algunos aperos de orden rudimentario. Sobre estos medios, el campesino aplica su propia fuerza de trabajo junto con la de su familia. El producto del trabajo de la unidad familiar campesina tiene tres destinos: primero, se dedica a la reproducción de la fuerza de trabajo de ella misma; segundo, un excedente se destina al pago de renta e impuestos y a otros gastos exigidos por la clase dominante, y tercero, el restante de la producción se intercambia en el mercado para adquirir los bienes y servicios necesarios para garantizar la reproducción de la unidad –el fondo de reposición de aperos, por ejemplo-. En su conjunto, este triple destino de la producción de la unidad campesina está caracterizado como un sistema de autosuficiencia en donde la producción cubre las necesidades de reproducción de la unidad sin que exista un proceso que conduzca a la acumulación de excedentes o de ahorro: en fin, las cuentas de los gastos e ingresos se equilibran. Cabe aclarar que mi uso de *gastos* e *ingresos* es incorrecto –es más bien metafórico-, ya que se afirma que hay una lógica campesina que no contempla los conceptos propios de una economía de corte capitalista o mercantil. Esta estructura sistémica se reflejaba en el trabajo de Chayanov, quien describía al campesino ruso de principios del siglo XX de la siguiente manera: “[...] la familia campesina [es] una familia que no contrata fuerza de trabajo exterior, que tiene una cierta extensión de tierra disponible, sus propios medios de producción y que a veces se ve obligada a emplear parte de su fuerza de trabajo en oficios rurales no agrícolas”.² Cabe destacar aquí la diferencia de Chayanov con el modelo pintado por Wolf, en que el excedente puede realizarse fuera del ámbito del trabajo agrícola.

² Alexander Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985, p. 44.

Chayanov explicaba la reproducción campesina en términos de la teoría económica de la utilidad marginal. Él aseveraba que en tanto que el ingreso campesino se mantuviera por debajo del *estándar comunitario*, entonces el valor marginal de cada unidad adicional de trabajo desempeñada sería mayor a lo ingrato de la labor misma; pero una vez alcanzado ese *estándar comunitario*, entonces el esfuerzo necesario para cada unidad extra de trabajo excedería al beneficio recibido y así, el campesino frenaría su actividad productiva.³ Este tipo de razonamiento es una construcción que fija al campesino en un marco inmóvil, donde alguna movilización de su parte vendría por presiones externas a su unidad de producción, como sería, por ejemplo, una nueva demanda sobre el excedente de parte del señor que empujaría al campesino por debajo de esa noción de *estándar comunitario*. En la ausencia de alguna presión de este tipo, la economía campesina dictamina una aceptación de la desigualdad, implícita en la definición de Wolf, entre el campesino y la clase dominante, e incluso entre el primero y la sociedad urbana; únicamente se revela en el caso de que se transgreda el equilibrio de la autosuficiencia. Bajo esta concepción del campesino, se presenta un cuadro de inmovilidad, de un mundo conservador y estancado.

Si bien podemos asignarle al campesino una especie de conservadurismo (una lógica de reproducción de la unidad familiar, con normas de autorregulación), mismo que explica su persistencia durante más de mil años, también Eric Wolf nos ofrece otro aspecto en su definición.

Este autor nos dice que el campesino puede entrar en redes mercantiles para poder realizar el excedente que va a dedicar a su fondo de reposición por, ejemplo. Durante esos intercambios, el campesino entra en contacto con muchos actores diferenciados. En ese proceso se desarrollan identidades que marcan a los incluidos y los excluidos. Wolf asevera que:

Puede decirse que el campesino se ubica en el centro de una serie de círculos concéntricos. Cada círculo está definido por especialistas con quienes el campesino comparte progresivamente menos experiencias, con quienes mantiene cada vez menos una comprensión mutua. Para

³ Véanse, A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, University of Wisconsin Press, Madison, 1986, o Chayanov, Kerklay, *et. al.*, *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, Siglo XXI, México, 1981 (Cuadernos de Pasado y Presente, 94)

decirlo de otra forma: hay quienes están cerca de él —campesinos como él—, cuyos motivos e intereses comprende, aun cuando sus nexos con ellos sean completamente tangenciales. Ellos constituyen un *nosotros otros*, como dicen los italianos, o en el habla mexicana, *nosotros los pobres*. Éstos no forman un grupo caracterizado por relaciones sociales duraderas, sino una categoría de gente con quien la interacción y la comprensión son posibles por la base de premisas comunes. Ésta es la categoría referencial positiva del campesino. Con personas que caen dentro de esta categoría pueden desarrollarse relaciones de igualdad. Cada quien buscará su propio beneficio, pero cada uno tendrá conciencia de los límites estrechos más allá de los cuales la persecución del provecho individual amenazará una ruptura de relaciones actuales o potenciales.⁴

Fuera de estas relaciones reales o posibles de orden *horizontal*, o del círculo concéntrico más cercano al campesino, comienzan otros círculos, que reciben el signo negativo o de exclusión del concepto de *nosotros*. Éstos incluyen a las personas o grupos que pretenden controlar o afectar los excedentes de la unidad campesina, es decir, los señores o los administradores de los terratenientes, el clero, los oficiales de Estado o los comerciantes. Aun cuando éstos inciden dentro del ámbito rural, están identificados como actores externos, ligados a la contraparte, de la urbe. Esto nos lleva al supuesto de una dominación de lo urbano sobre lo rural.

Sin embargo, es necesario matizar esta distinción entre lo rural y lo urbano. A nivel de las estructuras materiales, a partir de la primera cita que hicimos de Eric Wolf, se aprecia que existiría una relación interdependiente: especialmente desde la perspectiva del ámbito urbano, éste no existiría sin la habilidad para captar los excedentes de su contraparte rural. Bajo esta perspectiva, es posible pensar que más bien la ciudad es producto del campo, o que por lo

⁴ Wolf, *op.cit.*, pp. 46-47: “The peasant stands, as it were, at the center of a series of concentric circles, each circle marked by specialists with whom he shares less and less experience, with whom he entertains fewer and fewer common understandings. This may be put another way. There are those close to him, peasants like himself, whose motives and interests he shares and understands, even when his relations with them are wholly tangential. They are ‘we others’, as the Italians say, or, in Mexican parlance, *nosotros los pobres*, ‘we, the poor’. These do not form a group characterized by enduring social relationships, but a category of people with whom interaction and understandings are possible on the basis of common premises. This is the positive reference category of the peasant. With persons falling within this category even-handed relationships are possible. Each may and will seek his particular advantage, but each will be aware of the narrow limits beyond which the seeking of advantage threatens to rupture actual or potential relationships.”

menos, deberían de contemplarse lo rural y lo urbano como un solo proceso en lugar de dos esferas separadas de un binomio. Es más, algunos de los grupos identificados del lado negativo en el modelo de los círculos concéntricos, forman parte de la estructura agraria propiamente dicho. En primer plano, el terrateniente puede formar parte de la sociedad urbana, especialmente cuando consideramos las formaciones capitalistas; pero, en el origen del campesinado (sobre esto hablaremos más adelante), se encontraba al terrateniente en la figura del señor feudal, quien emergió cuando la estructura de las ciudades en Europa estaba todavía muy endeble. De esta inserción de figuras que podrían pertenecer al ámbito urbano proviene la ambigüedad misma de esa separación binaria.

De allí viene entonces otra faceta de la distinción rural-urbano, que estriba en las culturas y los sistemas simbólicos, las formas de reconocerse o desconocerse, de incluir o excluir a que se refería Wolf. Pero a partir de este punto se siembra más la confusión, ya que se logra hacer la falsa analogía entre campesino y rural. Los atributos específicos acordados a cada lado de este binomio cultural son: urbano = o bien, disoluto, o bien moderno/avanzado; rural = o bien, virtuoso, o bien tradicional/atrasado. Desde 1793, el abad Gregorio elaboró un estudio en Francia, con el propósito de analizar las formas de lograr cuajar la noción de nacionalidad francesa. En su conclusión apuntó hacia la cuestión del lenguaje como el meollo del asunto, destacando el papel del idioma francés, hablado en las ciudades y en el norte del país, como el vehículo del conocimiento, la historia, las letras, la industria y la razón, mientras que el dialecto (*patois*) de las áreas rurales y del sur reproducía las nociones de la patria chica, el localismo y la irracionalidad nacida de una relación con la naturaleza.⁵ En contraposición a esta visión pesimista de los campesinos, enterrados en sus atavismos y su lenguaje rudo, se encuentran otras versiones durante el periodo revolucionario en Francia que destacan las virtudes de esa cultura rústica y las relaciones directas con la tierra y la naturaleza.⁶

⁵ Véase Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p.20.

⁶ Véase por ejemplo la novela de Nicolas Rétif de la Bretonne, *La vie de mon père*, Garnier, París, 1981.

No obstante la divergencia de estas dos visiones, hay un punto común: se consolida la idea de una sociedad rural estática, ahistórica, cuyo actor principal es el campesino, mismo que está reducido a una esencia.

¿De dónde viene la esencia campesina?

Para encontrar la génesis del campesino, tendríamos que remontarnos hasta el comienzo de la Edad Media. A partir del siglo IX, al inicio de la Alta Edad Media, se forjó un cambio social fundamental, se operó una convergencia de dos categorías del trabajo en el campo: la esclavitud y el trabajo libre fueron unidos con el desarrollo del feudalismo. El señor feudal se estableció con un dominio sobre tierras y almas. La organización clásica en el reino franco giraba en torno a un núcleo de explotación propia, dirigido por el señor, en el cual tenían la obligación de laborar sus vasallos (ex esclavos o ex libres). En cambio, el señor separaba otra porción de su feudo —el manso— en la cual cada vasallo tenía el derecho de acceso para realizar el trabajo necesario para su reproducción. De esta manera, se creó una dependencia mutua entre señor y vasallo, pero desde luego con una relación desigual, ya que el primero extraía el trabajo excedente del vasallo a través de los servicios obligados en las tierras propias. Un autor alemán resume esta relación de la siguiente manera: “La observación de que esa relación contiene elementos de un vínculo mutuo por el cual el señor está obligado a protección y defensa, y el campesino dependiente a consejo y ayuda, no autoriza en absoluto una consideración idealizada de la relación señor-campesino. Se trata de una relación de dependencia relativamente unilateral, no de una situación de voluntaria división del trabajo”.⁷

En el comienzo de esta forma de dominación, el trabajador con derechos en las tierras del señor también tenía la obligación de aportar sus servicios militares. Frente a las disrupciones en el proceso productivo que resultaban de esta doble actividad de los trabajadores, se constituyó una capa específica de caballeros para aligerar el peso que caía sobre los vasallos. Al darse este paso, se estableció un sistema estamental con una división explícita del trabajo y una definición jurídica: señores, caballeros, y ahora sí aparece formalmente la categoría de *campesino*. Esta separación fue acompañada de una progresiva

⁷ Werner Rösener, *Los campesinos en la historia europea*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 47-48.

modificación e intensificación de los sistemas agrícolas, que permitía el soporte material de un estamento guerrero con base en el trabajo campesino.

Ya formalmente definido, el campesino tenía una relativa autonomía para decidir la forma de explotar las tierras que usufructuaba dentro del manso. Su aportación de trabajo en las tierras propias del señor tenía que satisfacer las necesidades de la operación de la unidad central, y sobre todo, sufragar los gastos de la manutención del estamento de caballeros.

Aquí, vale la pena comparar esta definición con la establecida por Wolf. Vimos que según ese autor, la unidad familiar campesina tiene una característica fundamentalmente de autosuficiencia, y en ella las incursiones en el mercado son incidentales y únicamente para asegurar la reposición de los útiles o bienes que no pueden fabricarse en su propio seno. El aspecto de la autosuficiencia bajo el sistema feudal, en sus inicios, era mucho más amplio que en el modelo de Wolf: no era simplemente cada familia de campesinos que buscaba la autosuficiencia, sino el conjunto del feudo. En la ausencia de un sistema desarrollado de ciudades durante la Alta Edad Media, la relación entre señor y campesinos vasallos tenía que asegurar la optimización de los recursos disponibles para satisfacer el conjunto de las necesidades de reproducción de la unidad amplia. En este contexto, el dinero tenía poco lugar, lo cual ha conducido a la categorización del feudo como una *economía natural*.

Así pues, podemos ver que el campesino surge en una doble vertiente. Por un lado, tiene un lugar fijo en la sociedad, delimitado por una categoría sancionada en el orden jurídico, es decir, *oficial*. Por otro lado, el campesino formaba una parte integral de un sistema social, que constituía un todo a partir de sus particulares modos de dividir el trabajo y asignar los recursos.

Puede haber discusión sobre estas dos vertientes: ¿cuál es de mayor peso? Por ejemplo, Maurice Dobb argumenta de la siguiente manera:

[...] cuando hablo de feudalismo no me refiero a él como forma jurídica o conjunto de relaciones legales; me refiero a él fundamentalmente como sistema socio-económico [...] Me referiré a él como un sistema bajo el cual el status económico y la autoridad estaban asociados con la tenencia de la tierra y en el que el productor directo (que a su vez era poseedor de algún terreno)

tenía la obligación, basada en la ley o el derecho consuetudinario, de dedicar cierta parte de su trabajo o de su producción en beneficio de su superior feudal.⁸

Así, este autor enfatiza la importancia de la estructura material de la sociedad feudal y únicamente le da significado al orden jurídico en tanto mecanismo para el cumplimiento de los derechos y obligaciones inherentes al sistema. No obstante el argumento de Dobb, hay razones para insistir en el peso de la definición jurídica. Si consideramos a la ley como la forma en que el Estado sujeta a las clases subalternas, entonces Dobb tiene razón. Pero, en cuanto la ley (formal o consuetudinaria) se vuelve un instrumento fundamental para la resistencia campesina, entonces habrá que considerarla como elemento imprescindible en el análisis del campesino.⁹ Así, la ley es una herramienta de dominación, pero toma otro sesgo cuando un campesino exige su cumplimiento contra la clase dominante, o la utiliza para fundamentar algún derecho anterior en situaciones de cambio.

Werner Rösener ha enfatizado otro aspecto como parte de la esencia del campesino. Se trata de la formación de la aldea o de la comunidad campesina como el núcleo identitario del campesino. De alguna manera, encontramos rastros de esta noción en el análisis de Wolf, aunque no tan explícitamente, cuando habla del proceso de formación de grupos de inclusión/exclusión, en donde el signo positivo/pertenencia es resultado de relaciones tenues en el plano horizontal. Rösener, sin embargo, ve en la Edad Media un sistema firmemente enraizado en la cooperación comunitaria. Dice: “La nueva organización agraria exigió amplias transformaciones en la estructura del poblamiento aldeano, condujo a un sistema comunal de la tierra y exigió regulaciones vinculantes sobre el momento del cultivo y la cosecha [...]”¹⁰ Así, el auge de la comunidad como institución de regulación vino acompañada de un proceso de modificación e intensificación de la agricultura que se inició a finales de la Alta Edad Media y se extendió por la mayor parte de Europa —excepto en las partes con una ecología

⁸ Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 19a ed., 1987, pp. 465-467.

⁹ Más tarde habrá que considerar el concepto de la *economía moral* y el papel de la ley y de la costumbre.

¹⁰ Rösener, *op.cit.*, p. 32.

que determinaba la explotación ganadera como la principal—, y que consistía en un sistema de roturación trienal, cuya eficacia dependía de una estricta disciplina entre los campesinos.

La dinámica del campesinado europeo en la Edad Media.

Si bien hasta ahora he presentado los aspectos que tienden a establecer la naturaleza esencial de la categoría de campesino, en este apartado introduciré elementos que la deconstruyen y señalan su carácter relativo. Son dos los factores que tendremos que tomar en cuenta desde el principio. En primer lugar está el florecimiento de ciudades durante la Edad Media Central, en el contexto de la reanudación del movimiento de mercancías a larga distancia, que había decaído con el fin del Imperio romano. El segundo punto se refiere, primero, al aumento de la población con la apertura de la frontera agrícola a través de sistemas de colonización, y luego a su estrepitosa caída. La expansión de una red de ciudades y la extensión del comercio acentuó la división del trabajo conforme éstas pudieron proporcionar bienes manufacturados en mayor cuantía y variedad. Según el análisis de Christopher Dyer sobre el siglo XIII en Inglaterra, el consumo era un aspecto importante para toda la sociedad y no únicamente para la clase dominante.¹¹ Esta transición hacia una sociedad urbana promovió un proceso de mayor especialización en el campo. Primero los señores comenzaron a dedicar una parte de su propia explotación a la producción de bienes demandados en la ciudad. En Francia por ejemplo, el cultivo de la vid, si bien era conocido desde los tiempos romanos, experimentó un auge durante el siglo XIII. Esta actividad se vinculaba estrechamente con la construcción de grandes ciudades y monasterios que servían de posadas sobre las rutas del comercio. Un estudioso del paisaje de la vid dice:

Uno ve que, bajo el abad Guillermo III [de Cluny], que ocupó el puesto desde 1244 a 1257, se dio posada en ese monasterio famoso al papa Inocencio IV, quien viajaba con sus capellanes y servidumbre; los obispos de Senlis y de Évreux con sus colaboradores; el rey de Francia, San Luis, su madre, la reina Blanca, su hermano y hermana, todos acompañados del personal de sus

¹¹ Christopher Dyer, “Problems and Approaches to the History of Standards of Living”, ponencia presentada al VIII Congreso de Historia Agraria, Salamanca, 28-30 mayo, 1997. Véase también, Grant McCracken, *Culture and Consumption: New Approaches to the Symbolic Character of Consumer Goods and Activities*, Indiana University Press, Bloomington, 1988.

casas; el emperador de Constantinopla, el hijo del rey de Aragón, el hijo del rey de Castilla, cada uno con su respectiva familia, así como muchos otros personajes de alto rango, tanto laicos como religiosos [...] Era importante para el monasterio que los grandes personajes hospedados llevasen un grato recuerdo de la hospitalidad [...] Allí residía la razón principal [...] para poseer en sus cavas unos excelentes vinos [...]¹²

Si bien el estímulo a la especialización de la producción agrícola en los feudos se dio inicialmente en la explotación directa del señor (fuese laico o eclesiástico), para el siglo XIV las señales de mercado comenzaron a incidir en las explotaciones campesinas.

Durante la Edad Media Central hubo una expansión demográfica que permitió la extensión de los feudos hacia el este de Europa. Sin embargo, especialmente la peste de mediados del siglo XIV diezmó la población, trayendo consigo la transformación de los mecanismos de extracción de excedentes ejercida por los señores. El desarrollo de las vías y medios de comunicación, y las ciudades como centros que dirigían el comercio habían tendido a incidir en las decisiones productivas del señor feudal. Por sí sola, esta transformación había disminuido el sentido de *economía natural* mencionada arriba: se monetizaban las relaciones entre feudo y ciudad. En los tiempos de la peste y después de ella, el señor tenía una menor disponibilidad de trabajadores para poder cumplir con las obligaciones que contraía con los comerciantes de la ciudad –a menudo, éstos financiaban los cultivos-. En este contexto, se modificó la forma de extraer el excedente del trabajo campesino. En lugar de obligarlo al desempeño de servicios en la explotación directa del feudo, este espacio físico comenzó a disminuirse –a veces desapareció por completo-, para convertir las obligaciones de los campesinos en contratos de renta o de mediería, con pagos en efectivo o en especie. Este

¹² Roger Dion, *Le paysage et la vigne: essais de géographie historique*, Éditions Payot, París, 1990, pp. 253-254: “On y voit que, sous l’abbé Guillaume III, qui occupa son siège de 1244 à 1257, trouvèrent asile en ce fameux monastère le pape Innocent IV, ayant avec lui ses chapelains et les serviteurs attachés à sa personne; les évêques de Senlis et d’Évreux avec leur suite; le roi de France saint Louis, sa mère, la reine Blanche, son frère et sa sœur, tous suivis du personnel de leurs maisons; l’empereur de Constantinople, le fils du roi d’Aragon, le fils du roi de Castille, les uns et les autres accompagnés de leurs familiers, ainsi que nombre de personnages de haut rang, laïcs ou religieux [...] Il était important pour le monastère que les grands personnages qui y avaient été reçus emportassent le souvenir d’une hospitalité pleine d’égards [...] Là est certainement la principale raison [...] à posséder, dans leurs celliers, d’excellents vins [...]”

cambio fundamental obligó a los campesinos a dedicar una parte sustancial de sus esfuerzos a la producción para el mercado.

Bajo los arreglos originales del manso, las dotaciones de tierras se hacían bajo un reparto relativamente equitativo entre los campesinos vasallos. La disminución de la importancia del sistema dominical –la prestación del servicio al señor- cambió las formas de poseer las parcelas. Empezaron a heredarse porciones específicas de tierra. Además, en el contexto de la caída demográfica durante la peste, había una mayor disponibilidad de tierras, y comenzó un proceso de diferenciación económica dentro del campesinado: algunos lograron el acceso a mayores cantidades que otros. Cuando se recuperó la población de aquella pandemia, empezó a mostrarse una figura desconocida dentro del campesinado homogéneo de la Alta Edad Media: el campesino sin tierra, que se empleaba como mozo de los campesinos que habían logrado reunir varias parcelas. Lo homogéneo –lo esencial- se deconstruía, o se refundía dentro de la noción colectiva de la comunidad campesina.

A partir de estas consideraciones, se ve la imposición del carácter relativo de la categoría de campesino, especialmente en lo que se refiere a la estructura material y las definiciones de corte económica. En este contexto surge la necesidad de adjetivar al campesino. Si mantenemos la integridad de la categoría, tienen que emplearse calificativos tales como *grande, acomodado, medio, pobre, sin tierras*. Si bien Rösener nos dibujó una definición esencial del campesino emergido de la Alta Edad Media, casi en seguida introduce su propio calificativo: el campesino europeo, contrastándolo con el trabajador del campo en el mundo árabe, o a fin de cuentas con el posterior desarrollo de los campesinos norteamericanos. Luego, se vale introducir calificativos geográficos. Sin embargo, los adjetivos empleados por Rösener –y de paso, por muchos otros autores- no representan una descripción simple de ese orden geográfico, sino una expresión de un proceso histórico explícito: en su caso, Europa es un producto social, resultado de las acciones de sus actores en el tiempo y espacio propios. En nuestro caso, añadir mexicano a la categoría de campesino sería realizar una operación similar, pero a la vez particular por sus diferentes procesos históricos y sociales.¹³ Aun con esa aparente similitud, se dificulta la posible comparación: Europa se refiere, si escuchamos a

¹³ Más adelante habrá que abordar el problema específico de México, cuando categorías étnicas inciden en y complican nuestro análisis del campesino.

Braudel¹⁴ o a Rösener, a una noción de un espacio social o comunidad amplia existente, que se extiende o se encoge en diferentes momentos, o incluso se fragmenta (la *guerra fría*, por ejemplo). México, sin embargo es una categoría espacial y social con mucha más precisión en el tiempo y el espacio, ya que se refiere a una comunidad conscientemente fabricada —una nación. Manteniendo estas acotaciones en mente, vemos pues que si los adjetivos reflejan el sentido de los procesos sociales en construcción, son a la vez los elementos que deconstruyen la posibilidad de un campesinado homogéneo y esencializado.

¿Actores?: unas hipótesis

Economía

Como se ha visto, la esencia del campesino resulta problemática, especialmente en cuanto a su capacidad como actor social se refiere. El primer punto a tratar es su aspecto económico. Por definición, si la economía campesina es autosuficiente, por sí sola no contiene elementos propios para propiciar el cambio. No obstante, el campesino ha presenciado profundos procesos de transformación. La mayor discusión sobre el campesino y las transformaciones sociales se ha centrado en la transición del feudalismo al capitalismo, precisamente porque el campesino está caracterizado como producto del primer modo de producción, y que no comparte las lógicas que dan fundamento al capitalismo. Para fines de este documento, quisiera simplemente retomar dos hilos hipotéticos sobre el campesino, los cuales han sido — y en gran parte siguen siendo— fundamentales en la construcción mental y explicativa que de esos hombres de campo hacemos. Aunque en términos ideológicos estos dos hilos ocupan campos opuestos, guardan una gran similitud que dificulta nuestra forma de desentrañar un camino hacia la comprensión de alternativas: ambos parten de nociones esencialistas y acotadas del campesino.

En primer término se encuentra una visión liberal. Ésta prevé el desarrollo de la humanidad, de una especie de evolución, en la que hay etapas sucesivas de progreso, cada una superior a la anterior. El punto culminante en el avance de la sociedad es el capitalismo. Tomando como modelo las teorías evolucionistas desarrolladas en el campo de las ciencias

¹⁴ Fernand Braudel, *The Identity of France*, Fontana, Londres, 1988, 2 vols.

biológicas, la visión liberal identifica categorías sociales y económicas que representan las fuerzas capaces de llevar a cabo la transformación de la sociedad —las *especies fuertes*—, de operar el cambio desde lo antiguo, el pasado, al futuro moderno. En medio de este proceso está una frontera, que se hace equivalente a la tradición. Ésta es la barrera que el liberalismo propone traspasar en el camino al progreso. En esta estructura de categorización, el campesino está identificado como una de las fuerzas negativas: apegado a su terruño, a sus tradiciones y prácticas rutinarias, a sus formas de sociabilidad comunitaria, a sus creencias— esa esencia de origen—, el campesino pone un freno a las posibilidades de avanzar de una etapa de la humanidad a otra. En este contexto, el liberalismo le atribuye al Estado la capacidad, si no la obligación, de tomar medidas para eliminar las trabas al progreso. En un caso como el mexicano, se complica el panorama al introducirse el elemento étnico dentro de las fórmulas del progreso. Por ejemplo, el trabajo pionero de la sociología en este país realizado por Andrés Molina Enríquez¹⁵ imprime un carácter étnico-racial al posible progreso de México: la escala ascendente va del indio al mestizo, y de éste al criollo-europeo. No obstante la aparente diferencia entre las experiencias europeas —donde discursos étnicos y raciales dentro de los confines de los territorios nacionales tenían poco o nulo lugar— y la mexicana, podemos encontrar cierta similitud entre la visión del abad Gregorio citada antes y el modelo del progreso pregonado por Molina Enríquez.

El segundo de los paradigmas que selecciono es el marxista-leninista. No obstante la gran heterogeneidad que alberga esta corriente, subyacen en ella varios de los supuestos de la postura liberal, especialmente en cuanto a la visión teleológica de la sociedad y la esencia campesina. En lugar de establecer categorías en torno a actores tradicionales *versus* modernos, el marxismo-leninismo forma las categorías de clases sociales, basadas en las relaciones sociales de producción.

Maurice Dobb dio la más clara explicación de la transición desde la perspectiva economicista, desde la óptica del llamado *desarrollo de las fuerzas productivas*. Según este autor, la transición duró hasta cuatrocientos años, dándose a través de las luchas de los campesinos por deshacerse de las obligaciones laborales que tenían con el señor y sustituirlas

¹⁵ Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, Era, México, 1978.

por rentas monetarias. Es decir, el proceso al que se refiere Rösener y que comienza en la Edad Media Central. Esta lucha dio lugar a la diferenciación social al interior del campesinado, que a la larga derivó en la formación de una nueva clase en el campo: la pequeña burguesía capitalista. De esta forma, la visión economicista decreta el aniquilamiento del campesinado que se bifurcará en dos sentidos: mientras los campesinos más ricos asumirán el carácter de capitalistas, se creará un gran proletariado sin acceso a la tierra. Tomando la sola esfera económica, podríamos ver que las capas superiores del campesinado descritas por Rösener tendrían una ubicación estructural distinta a la que se encuentra en la versión economicista del marxismo-leninismo. Habrían pasado de la esencia estática del campesino para constituirse en parte de las fuerzas del cambio económico y social, es decir, de la burguesía, cuya misión histórica sería la destrucción del sistema feudal.

No obstante lo contundente de la argumentación de Dobb, hay un problema. Hoy día sería difícil encontrar rastros del feudalismo en el mundo; sin embargo, el término campesino todavía se utiliza. Esto quiere decir que hay otros factores que tienen que considerarse en esta cuestión que rebasan la esfera de la explicación economicista.

Llama la atención una frase que emplea Teodor Shanin al referirse al campesinado ruso entre 1910 y 1925: “El campesinado –afirma– siguió su propio camino, ignorando el hecho de que constituía una molestia intelectual.”¹⁶ Esta frase y el título de la obra nos desplaza de la arena económica para situarnos al campo político; pero primero, hay que agotar los aspectos de lo económico.

El primer avance después de versiones marxistas-leninistas como la de Dobb fueron las explicaciones del subdesarrollo, y en especial, el trabajo de André Gunder Frank.¹⁷ Frank asevera que en los países del Tercer Mundo –precisamente donde el denominado campesinado presentó su mayor persistencia en la segunda mitad del siglo XX– el capitalismo mercantil había logrado una inserción temprana de tal forma que el feudalismo no se desarrolló. Sin embargo, esquivó la conclusión lógica: si no se desarrolló el feudalismo, tampoco se

¹⁶ Teodor Shanin, *Awkward Class: Political Sociology of Peasantry in a Developing Society*, Oxford University Press, Oxford, 1972, p. 203.

¹⁷ André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, New York, 1967.

desarrolló el campesino que tanta lata dio en las luchas anticoloniales después de la Segunda Guerra Mundial. En un caso como el mexicano, es interesante notar que efectivamente el término campesino tenía poca o nula circulación antes del siglo XX. No obstante el problema lógico en la construcción de Frank, el término campesino se retuvo en el léxico marxista, y después en las denominadas corrientes *dependentistas*: aun cuando aparentaban resucitar la esencia campesina, efectivamente estaban refiriéndose a un campesino relativizado, fundamentalmente al campesino *pobre*, y además a una clase social con prácticas y formas de reproducción material no capitalistas, pero que a la vez formaba parte del capitalismo metropolitano. En efecto se pidió prestada la categoría de campesino, con su larga pero particular historia, para darle otro contenido, para que fuera un actor en el campo con formas de trabajo no capitalistas.

Un paso subsecuente en las hipótesis sobre los campesinos lo dio Ernesto Laclau,¹⁸ quien encabezó una corriente denominada *articulacionista*. Mientras que los *dependentistas* buscaban explicar a los campesinos y sus formas no capitalistas de producir en el contexto macro, los articulacionistas pretendían comprenderlos en los espacios nacionales, donde se veía que los campesinos eran reproducidos por los núcleos de desarrollo capitalista.

Así, tenemos cuatro proposiciones sobre las facetas económicas del campesino:

- 1) que representa una fuerza conservadora/tradicional, que sería aniquilada por la acción de las tendencias modernas —léase también, urbanas—;
- 2) que es capaz de desarrollar su propia fuerza productiva, de tal manera que puede contestar y desplazar a la clase que lo sujeta; pero en el proceso desaparecería como categoría explícita;
- 3) que en el contexto de la economía-mundo, los campesinos son reproducidos por el capitalismo a través del colonialismo y las inacabadas formaciones nacionales del Tercer Mundo, y
- 4) que los campesinos son articulados en su modo de producción no capitalista con el mundo capitalista en los espacios nacionales.

¹⁸ Ernesto Laclau, “Feudalism and Capitalism in Latin America”, *New Left Review*, núm. 67, 1971, pp. 19-38.

Política

Si en el aspecto económico la ubicación del campesino presenta un abanico de posibles formas de explicación, en lo político, ya sugerido en la cita de Teodor Shanin, la situación es aún más compleja. A través de la historia la acción de los campesinos se mantuvo en la atención de gobernantes y estudiosos por igual: así tenemos una larga lista de revueltas/rebeliones/revoluciones con campesinos como actores de primera fila, tales como, la guerra campesina (*Bundschuh*) en Alemania en el siglo XVI; la Revolución francesa; los sucesos de 1848 en Francia; las revoluciones mexicana, rusa, y china, y las luchas anticoloniales después de la Segunda Guerra Mundial en Argelia, Vietnam, Camboya o Cuba, por ejemplo.¹⁹

Una conclusión que se desprende de ver a la comunidad como el espacio donde existe y se socializa el campesino, es una especie de aislamiento de éste. Por un lado, los mundos urbano y rural están muy delimitados, esencialmente a partir de las distinciones culturales –recuérdese las opiniones del abad Gregorio al calor de la Revolución francesa-. Pero también, al interior de ese mundo rural, cada comunidad determinaba su propia existencia, lo cual limitaba las posibilidades de comprensión y de acción concertada más allá de la comarca inmediata. Este es el escenario que acota al campesino como actor político de relevancia. No obstante, quedan los múltiples ejemplos de movilización que desmienten esta postura.

Una de las opiniones que más ha influenciado en nuestra forma de considerar la actuación del campesino fueron las palabras célebres –y a menudo mal empleadas posteriormente- de Carlos Marx,²⁰ de que el campesinado francés se asemejaba a un saco de papas y que no era capaz de actuar sin un estímulo externo. De esta forma entonces el campesino está abierto a la manipulación ejercida por agentes no campesinos; en el caso particular, del clero y/o de un Estado antiprogresista. Bajo este concepto, el campesinado como clase social es incapaz de tomar conciencia de su subordinación colectiva y de constituir una vanguardia revolucionaria para efectuar la transición del capitalismo al socialismo.

¹⁹ Un trabajo pionero que abrió el debate sobre las experiencias contemporáneas fue del mismo Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Faber, Londres, 1969.

²⁰ Carlos Marx, “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, t.I, Editorial Progreso, Moscú, 1980, pp. 489-493.

Sin embargo, es importante intentar analizar las resistencias que han ofrecido los campesinos. Se ha desarrollado una tipología de sus acciones de la siguiente manera:

- 1) resistencia *parcial*, que toma la forma de no pagar o acceder a las exigencias del señor/patrón;
- 2) resistencia *básica*, que implica la huida o migración para evadir un choque abierto, y
- 3) el levantamiento.

Los primeros dos tipos de resistencia pueden caracterizarse por no representar una acción política que tenga relevancia fuera de su propio mundo. Pero, una corriente reciente de estudio antropológico, encabezada por James Scott,²¹ aborda la resistencia parcial –o, en sus términos, la resistencia *cotidiana*– como un arma de las clases subalternas, y en particular del campesino, por medio de la cual lucha contra su opresión. Es una forma de empujar continuamente contra las estructuras de dominación, que intenta aminorar las penas y busca un resquicio que, de encontrarse, pueda conducir a un movimiento de mayor envergadura y lograr un cambio más sustancial. Aunque esta forma de resistencia no da resultados espectaculares, e incluso puede interpretarse como una aceptación conservadora de la dominación del campesino por el terrateniente, es, según Scott, una forma de lucha de clases que negaría Marx a partir de sus declaraciones sobre los sucesos de 1848. Lo importante es que la resistencia cotidiana implica una organización interna del campesinado para evitar que la represión tenga efectos nefastos, e incluso implica el intento de que dicha resistencia sea anónima, firmemente fundamentada en las estructuras comunitarias –ese reconocimiento horizontal al que se refiere Wolf.

Para que esta forma cotidiana de resistencia tome significado, hay que modificar el sentido de la acción política. Claro que la resistencia cotidiana no representa un ejercicio formal de la política. No obstante, en ella hay un nivel de quehacer político, que algunos prefieren llamar la *pequeña política*,²² o que Scott denomina la *infrapolítica*. Este concepto es

²¹ James C. Scott, “Everyday Forms of Peasant Resistance”, *Journal of Peasant Studies*, enero de 1986, vol. 13, núm. 2, pp. 5-35 y *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990.

²² Véase por ejemplo, Eric Hobsbawm, “Peasants and Politics”, *Journal of Peasant Studies*, octubre de 1973, vol 1, núm. 1, pp. 3-22.

muy interesante, ya que contrarresta la visión homogénea que podemos tener de la comunidad campesina. Un estudio reciente sobre campesinos durante el siglo XIX²³ ha sugerido una línea digna de tomarse en cuenta, según la cual la infrapolítica es una lucha entre grupos e intereses dentro de la comunidad, pero que también puede ordenarse en torno a las cuestiones de la *gran política*, negando así las nociones de un campesinado totalmente ensimismado en su terruño. El caso particular de esa obra trata, entre otros, espacios de la sierra norte de Puebla en el contexto de las guerras entre liberales y conservadores del siglo pasado. Elementos jóvenes de las comunidades enfrentaban el monopolio del ejercicio del poder comunitario de los ancianos y notables incorporándose en las milicias liberales; habiendo logrado una posición en el liderazgo comunitario, los jóvenes milicianos también tradujeron las demandas de las comunidades en los términos del discurso liberal, modificando así las líneas políticas de los sectores urbanos del liberalismo. Este trabajo de Mallon muestra claramente la existencia de una vida política intensa al interior del campesinado, y también que esta práctica no queda circunscrita a sus propios límites.²⁴

Esto nos refiere entonces a otro de los aspectos que inciden en los múltiples discursos referentes al campesino, que, casi sin excepción, recurren al planteamiento dual como su fundamento: es decir, la noción de que el campesino/atrasado/aislado no participa de los procesos políticos que conducen a la formación de la nación/modernidad/cultura urbana. El libro de Mallon replantea esta relación al establecer la capacidad de la comunidad campesina —en este caso de indígenas— de jugar un papel protagónico en la resolución de luchas por lograr una situación hegemónica a nivel nacional. Otro libro reciente sobre los campesinos de la región de la Loira en Francia hace el mismo tipo de señalamiento.²⁵

No obstante la creciente literatura que retoma las cuestiones de las resistencias soterradas, la forma de resistencia más estudiada y comentada ha sido, sin duda, la abierta y

²³ Florencia Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley, 1995.

²⁴ La participación de resistencias solidarias en el contexto de las luchas faccionales de las élites ha sido retomado en otro trabajo reciente: véase, Allen Wells y Gilbert Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval: Élite Politics and Rural Insurgency in Yucatán, 1876-1915*, Stanford University Press, Stanford, 1996.

²⁵ Véase, James R. Lehning, *Peasant and French: Cultural Contact in Rural France During the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995.

frontal en la forma de revueltas, tumultos, rebeliones hasta revoluciones. Aquí vale un pequeño paréntesis sobre estas categorías de resistencia abierta. Un autor caracteriza al tumulto y la revuelta como actos espontáneos, cometidos por actores anónimos, cuyo objetivo es la corrección de algún mal inmediato. En cambio, la rebelión y la revolución incorporan elementos racionales, que a la vez relacionan los actores anónimos con otros, externos al mundo en el que se circunscribe de la masa participante. Entre estos dos tipos de resistencia, también hay una diferencia: la rebelión busca la restauración del orden a través de cambios profundos, mientras que la revolución, por definición, significa el cambio radical del orden.²⁶

Estas definiciones son perfectamente coherentes con las interpretaciones clásicas que se tienen del campesino, o más bien las interpretaciones elaboradas desde la perspectiva de las élites, que a la vez retoman las formas duales en su construcción. Presentan una claridad para fines analíticos, pero no dan las pautas necesarias para comprender las posibilidades de la transición de un tipo de sociedad a otra; es más, cuando se da tal transición, topamos de nuevo con la reflexión de Carlos Marx, es decir, que los campesinos participan de los rangos *mayores* de resistencia —la rebelión o la revolución— a través y a causa de actores externos. El dualismo se refleja en la noción de revueltas *irracionales* —característica atribuida al campesino— sin organicidad política o, en el mejor de los casos, *prepolítica*. La idea de campesinos como actores *primitivos*, ajenos a la política *moderna* fue bien asentada desde principios de la década de 1970, cuando Eric Hobsbawm publicó su obra *Primitive Rebels*.²⁷ No es casualidad que el título de la obra asocie lo primitivo con la noción de rebeldes.

Pero como hemos visto, la comunidad campesina posee una formación política que se refleja en las luchas internas, que a menudo se refieren a las formas de cómo abordar procesos más amplios —el movimiento liberal mexicano del siglo XIX, por ejemplo—. Esta forma de organización de la comunidad y la realización de sus luchas internas nos conduce a la conclusión de que existe una racionalidad —que sea la misma que tienen actores

²⁶ Raúl Rodríguez Guillén, “Subjetividad y acción colectiva: motín, revuelta y rebelión”, *Sociológica*, año 10, núm. 27, enero-abril de 1995, pp. 183-194.

²⁷ Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Manchester University Press, Manchester, 1971.

modernos/urbanos, es otra cosa—, que dicta las maneras en que se establecerán relaciones económicas y políticas hacia afuera, y las resistencias entabladas.

Si seguimos argumentos fundamentadas en una dualidad y de una esencialización del campesino, topamos con problemas de orden lógico y deductivo. El campesino representa la tradición, el conservadurismo, el aislamiento, frente a lo urbano que encabeza los procesos de modernización y de movilización política, y elabora los discursos para la formación de la nación como el caso de la transformación social. De esta forma, entonces, el campesino no puede constituirse en actor significativo en las luchas políticas y/o los movimientos armados que conducen a la formación del Estado-nación. Pero, la historia nos señala muy claramente que actores que denominamos *campesinos* están presentes en forma masiva durante muchos momentos claves: durante la Independencia de México, la Revolución china, la Guerra de Vietnam, la descolonización de Argelia, etcétera. La conclusión lógica sobre esta participación tendría que ser que los campesinos son simples objetos de los actores principales, modernos y urbanos. Por ejemplo, Alan Knight ha sintetizado este tipo de resultado como la “representación de campesinos como espectadores confundidos, víctimas desafortunadas, o carne de cañón ignorante.”²⁸

Esto no quiere decir que los campesinos no tienen objetivos por alcanzarse a través de su participación en algún movimiento, especialmente en algunos que plantean un cambio fundamental de la sociedad. Pero sí quiere decir que su ubicación siempre está en calidad de subordinados. No obstante, considero que hay que reevaluar este planteamiento tan tajante, como si no existieran alternativas de acción que pudieran surgir desde el interior del campesinado. Tal vez para desarrollar este punto sea mejor retomar tres ejemplos con cierto detalle: la guerra campesina en Alemania, una comunidad griega durante la Segunda Guerra Mundial y el agrarismo en Veracruz.

La guerra campesina alemana, de principios del siglo XVI, surgió en el contexto de numerosas quejas y demandas de parte de comunidades dispersas sobre una amplia área: hubo problemas que emanaban de mayores exigencias impuestas por los señores feudales sobre el

²⁸ Alan Knight, “Rural Mexico in the Twentieth Century: Dialectics of Development and Debate”, paper presented at the 16^o Coloquio de Antropología e Historia Regionales, Zamora, Mich., 16-18 noviembre de 1994, p. 7.

excedente campesino, y de atentados en contra de las capacidades autónomas de las comunidades —la imposición de curas, por ejemplo—. Pero, para que estos descontentos específicos y localizados florecieran en un movimiento armado relativamente homogéneo y extendido territorialmente, tuvieron que surgir ciertos actores que fungieran como correas de transmisión y cohesión. Al interior de las comunidades, los campesinos que habían logrado cierto ascenso material sobre la mayoría constituyeron un núcleo de interlocutores entre diferentes comunidades. El clero adherido a las posturas de Martín Lutero también se erigió en un instrumento de comunicación y organización, a la vez que proporcionó elementos de los que se apropiaron los campesinos para justificar sus acciones violentas en contra de los señores feudales. Es decir, el discurso de la Reforma que condenaba la corrupción de la Iglesia, proponiendo un regreso a los fundamentos originarios de la cristiandad, se trasladó en el mundo campesino a la identificación de un régimen de dominación corrompido que violaba los *buenos* fundamentos antiguos —ya mitificados— que regían las relaciones entre patrón y vasallo.²⁹ De esta manera, la resistencia cohesionada sobre un área extendida asumió el carácter de una *cruzada* a favor de los buenos valores, que lograba significado en las comunidades mismas e independientemente de los actores externos. Pero a la par de esta concreción y los primeros éxitos del movimiento, los señores feudales se vieron en la necesidad de pactar con los príncipes territoriales, quienes encabezaron la brutal represión. De esta manera, esos príncipes lograron una mayor centralización de su dominio; los campesinos, el instrumento de consolidación central, perdieron muchas vidas y propiedades, si bien apenas lograron mostrar que el Estado tendría que contemplarlos como una realidad política, es decir, con la capacidad de ser relevantes.³⁰ Concluye Rösener lo siguiente:

En el marco del desarrollo del Estado moderno las acciones de resistencia campesina contribuyeron seguramente a expresar la voluntad de la población campesina y a mostrar a los órganos del Estado los límites del poder dominante. Las revueltas campesinas no fueron por

²⁹ Este tipo de reclamo y justificación en un pasado mejor y justo —también mitificado— es lo que Thompson ha denominado la *economía moral*. E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, 2a ed., Penguin, Harmondsworth, 1968. Hablando de la multitud en Inglaterra, dijo que se legitimaba sus tumultos “by the assumption of an older moral economy which taught the immorality of any unfair method of forcing up prices of provisions by profiteering [...] upon the necessities of the people”, pp. 67-8.

³⁰ Rösener, *op.cit.*

tanto estallidos irracionales de violencia sin sentido; se basaban por el contrario en la idea extendida de que el dominio estaba vinculado a los límites y al consenso al menos pasivo de los dominados.³¹

De alguna manera, el planteamiento de Rösener sobre la resistencia campesina de finales de la Baja Edad Media se acerca a la idea de la revuelta o la rebelión como una serie de acciones que a fin de cuentas busca el *estatu quo*. Pero también es interesante notar que aborda el problema de la hegemonía como algo en constante construcción y contestación, y en lo cual los campesinos fueron capaces de proponer sus respuestas a la dominación absoluta.

El caso de Grecia que retomo fue estudiado por Riki van Boeschofen.³² La aldea que consideró tenía una larga tradición de ser *pobre pero libre* —o sea, de componentes clásicos del campesinado esencializado, pero también modificado por las visiones posteriores a la Segunda Guerra Mundial—. Sin embargo, esta autonomía se vio afectada cuando, en 1913, su territorio fue integrado a la nación griega, con el subsecuente aumento en las presiones ejercidas por oficiales del Estado para sujetar al pueblo; también se incrementaron las presiones del Estado por lograr la apertura de relaciones mercantiles —de tierras, mano de obra y productos—. De aquí hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, se presenció una transformación del clásico *saco de papas* a la erección de un *pequeño Moscú*. El autor señala dos características de importancia durante este proceso: la cohesión social al interior de la aldea, con poca diferenciación socio-económica; y una movilidad táctica basada en la diversidad de los cultivos y otras actividades productivas, combinada con amplios movimientos migratorios, que permitieron la circulación de ideas y de contactos políticos. Esta segunda característica dio lugar a que un miembro de la comunidad accediera al ejecutivo nacional del Partido Agrario, muy débil a nivel nacional, pero fuertemente consolidado en la aldea a través de la manifiesta cohesión social. Así, las esferas de la *gran* y la *pequeña* política, que a menudo se separan como si no existiera ningún vínculo, fueron fundidas. Pero bajo estas circunstancias, versiones elitistas de la movilización campesina verán que el liderazgo de las cúpulas políticas constituirá la fuerza prevalente —lo macro se sobrepondrá a

³¹ *Ibid.*, p. 124.

³² Riki van Boeschofen, “The Peasant and the Party: Peasant Options and ‘Folk’ Communism in a Greek Village”, *Journal of Peasant Studies*, vol. 20, núm. 4, julio de 1993, pp. 612-639.

lo micro—. ³³ No obstante, la sugerencia de Boeschofen de una mayor cohesión y fuerza en la base del Partido Agrario griego que en su estructura global (bien podría pensarse lo mismo en el caso del Partido Nacional Agrario en México a principios de la década de 1920), supone un mayor protagonismo de parte de los campesinos. Esto se hizo evidente en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, durante la invasión de los nazis. En esta coyuntura, el Partido Agrario unió fuerzas con el Partido Comunista, pero en la aldea, el liderazgo se mantuvo en manos de los campesinos. En esta combinación de fuerzas políticas, existía la fuerza conservadora del campesino esencial, es decir, defensor de su cultura autonomista, pero al mismo tiempo los campesinos se apropiaron de las ideas *modernas* sobre la representación y la responsabilidad políticas difundidas en las estructuras partidistas. En la combinación de lo *tradicional* con lo *moderno*, estos campesinos construyeron su propia lectura de la revolución social propuesta por el Partido Comunista. ³⁴

La elaboración de una visión propia hizo que efectivamente los campesinos no fueran simples objetos de las cúpulas; al terminar la Segunda Guerra Mundial y, por ende, la emergencia que había conducido a la alianza entre Partido Agrario, Partido Comunista y partisanos contra un enemigo común, la cúpula del Partido Comunista comenzó a emitir señales que pretendían subordinar y burocratizar la capacidad de acción de la aldea. El resultado fue una ruptura: la aldea se separó del partido, siguió organizando su propia estructura política interna, pero a la vez ordenó sus relaciones con el exterior sujetas a los principios adquiridos de la responsabilidad política. Es decir, que hubo un proceso de aprendizaje de lo *moderno*, sin que necesariamente lo que se clasifica de *tradicional* desapareciera como integrante de la práctica política.

³³ Eric Hobsbawm, "Peasants and Politics", *Journal of Peasant Studies*, vol. 1, núm. 1, octubre de 1973, pp. 3-22, afirma que a raíz del *conocimiento* limitado de los campesinos, cuando participan en la política *moderna* están fundamentalmente formando parte de un proceso controlado por y a favor de los campesinos ricos.

³⁴ Existen varios paralelismos entre esta construcción del siglo XX en Grecia y el caso de la sierra norte de Puebla en el siglo XIX, retomado por Florencia Mallon en su estudio del liberalismo

Finalmente, en este aspecto, quisiera referirme al caso de Veracruz, en particular durante el proceso de la reforma agraria.³⁵ En mucho, este ejemplo se asemeja al de la aldea griega estudiada por Boeschofen, con las respectivas diferencias de espacio y tiempo. En los trabajos pioneros que tratan la cuestión del llamado *radicalismo* campesino en el estado durante la década de 1920, se presenta un movimiento compuesto por un campesinado homogéneo, sin diferenciación alguna.³⁶ Cuando el bloque radical, compuesto por campesinos, militantes del Partido Comunista y gobernantes estatales con tendencias *jacobinas* o *socialistas*, se desmoronó en la primera mitad de la década de 1930, las interpretaciones volvieron a colocar a los campesinos como objetos. O bien, los campesinos fueron calificados de objetos de la *gran* política, especialmente de las maniobras de la élite política de la ciudad de México, que buscaba destruir el laboratorio revolucionario que se experimentaba en Veracruz; frente a las armas del ejército federal y los grandes recursos movilizados por los terratenientes, los campesinos cruzaron los brazos. O bien, los campesinos mostraron, a fin de cuentas, su *falsa conciencia de clase*, confirmando así las hipótesis del ala crítica del marxismo que sostenía que los campesinos simplemente no podrían ser contemplados como sujetos revolucionarios; con base en esta falsa conciencia, se erigió una organización campesina paralela que sirvió de trampolín político para sus líderes y de respaldo a la contrarrevolución. Pero de nuevo el análisis se llevó a cabo desde la perspectiva de élites; no hubo serios intentos por preguntar: 1) ¿quiénes son estos campesinos que se radicalizan?, ni 2) ¿qué pretendían conseguir a través de la lucha agrarista?. Es más, en ningún momento se prestó atención a los campesinos que no se adhirieron a la organización radical (la Liga de Comunidades Agrarias).

Mi propio trabajo se ha dirigido a la respuesta de algunas de estas interrogantes, en particular a las primeras dos. Desde el punto de vista del análisis estructural, encontramos una enorme variedad de tipos de campesino mezclados dentro de la categoría homogénea, que, en

³⁵ Véanse, David Skerritt, *Una historia agraria en el centro de Veracruz: 1850-1940*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1989 y *Peasant Organisation in the State of Veracruz: 1920 to the Present*, Dphil thesis, Oxford University, 1996.

³⁶ Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz: la etapa (1928-1935)*, El Colegio de México, México, 1977 y Heather Fowler-Salamini, *Agrarian Radicalism in Veracruz, 1920-1938*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1978.

el caso que estudié,³⁷ incluía migrantes recientes que dependían completamente del trabajo asalariado, de los llamados *colonos* que arrendaban tierras de los hacendados y rancheros ganaderos de la zona. Dentro de cada uno de estos grandes grupos, las diferencias también se manifestaban: de los colonos, algunos ni siquiera alcanzaban la autosuficiencia, y por lo tanto completaban el ingreso con el jornal, mientras que otros utilizaban espacios mayores que los llevaba a la compra de mano de obra. El punto en común entre todos era su subordinación al grupo que controlaba el acceso a la tierra: hacendados, rancheros grandes y propietarios de ingenios azucareros. Esta subordinación se resentía de varias formas: la inestabilidad del trabajo eventual —en los cañales, por ejemplo—; la saturación del mercado de trabajo y el consecuente bajo salario que se pagaba; el aumento en las rentas a los colonos o, incluso, la amenaza del desalojo de sus sementeras. Bajo estas circunstancias, existían móviles suficientemente fuertes para que los campesinos se unieran en su mayoría al movimiento campesino orquestado desde Xalapa y las oficinas de la *Liga*, con el fin de arrancar el control de la tierra en manos de los terratenientes. Pero cuando los militantes del Partido Comunista comenzaron a pugnar por un proyecto colectivo de organización y el uso de la tierra ganada durante los primeros repartos, las diferencias aparecieron. Especialmente los colonos que anteriormente gozaban de considerables extensiones de tierra, se opusieron a la colectivización,³⁸ mientras que algunos jornaleros sin acceso a la tierra se solidarizaron con los diseños de la cúpula agrarista en Xalapa (pero la división no fue mecánica entre los más ricos y los más pobres). Esta división elemental, reflejada al interior de cada ejido, fue esencial para que hubiera campesinos como actores fundamentales en el movimiento del bloque radical, aunque también fue causa de su derrota a mediados de los años treinta. Aun cuando muchos se retiraron de la postura radical, habían ganado dos cosas: por un lado, habían conseguido el objetivo principal —el acceso más directo y seguro a la tierra—, y por el otro, se había constituido una institución de gestión política —el ejido— que permitía la conjunción de las prácticas comunitarias con la *gran* política.³⁹

³⁷ La *cuna* del agrarismo alrededor del puerto de Veracruz.

³⁸ Se oyeron ecos de las luchas del Ejército Rojo en Rusia contra los *kulaks*.

³⁹ A pesar de que el Estado establece las reglas sobre cómo se constituye el ejido, las prácticas cotidianas a menudo reflejan las formas *tradicionales* de organización de la comunidad.

Los tres ejemplos que aquí se presentaron brevemente ilustran la tremenda ambigüedad del comportamiento del campesino, que oscila entre la lucha por conservar y la lucha por cambiar. Es más, se dificulta la interpretación sencilla y unívoca de ese quehacer. Pero esa ambigüedad no se limita al comportamiento, sino que nos regresa a contemplar la homogeneidad de la categoría misma de campesino.

Campesino: ¿una esencia o una forma de contención?

Hace tiempo, lance una pregunta a una lista de correo electrónico: ¿cuándo apareció en México el uso del término campesino? Recibí una sola respuesta, que se refirió al tío del informante: “[...] mi tío tiene un establo y dos ranchos donde se cultiva el forraje para él mismo y se considera ser: empresario, ranchero, hombre de negocios, hombre de campo, pero nunca campesino [...] Campesino es un término que dignifica el término *ejidatario* [...] Campesino es el término político que lo describe pero, en definitiva, no porque viva de la agricultura necesariamente [...]”⁴⁰ Este mensaje no aclara el punto específico que yo solicitaba; no logra localizar en el tiempo la adopción del término campesino en México, excepto que está la sugerencia que éste entra en uso con la reforma agraria. No obstante, y a pesar del sesgo que contengan, esta serie de aseveraciones, que oscilan entre la experiencia y valores directos de su pariente y la generalización, da una clara indicación de la ambigüedad de la categoría. O más bien, señala los problemas inherentes a la adopción de una categoría que propone una definición esencializada: el listado de posibles identidades del tío es una clara muestra de las dificultades que acompañan a una categoría homogénea.

Desde los comienzos de la definición estamental del campesino en la Edad Media, se introdujeron aspectos que modificaron su carácter esencial. Por ejemplo, el crecimiento de las ciudades y el incremento en la división espacial y social del trabajo traían consigo elementos contradictorios. En lugar de la lógica separación tajante del mundo rural y lo urbano a través de la localización y aislamiento de la actividad primaria —agrícola o ganadera— en la primera de esas esferas, y de la transformación y comercialización en la segunda, encontramos que

⁴⁰ Josue Ybarra Rosson, rosson@interpower.com.mx, 4 de septiembre 1997: no se especifica de qué parte de México se habla; para nuestros fines eso no importa.

ciertas ramas de manufactura dependían de los sistemas de producción a domicilio en el campo, especialmente en la fabricación de textiles. En la Francia del siglo XIX, muchas áreas del país se sostenían a través de ese sistema que, o bien representaba un complemento para los ingresos de la familia campesina, o incluso era la fuente casi exclusiva de mantenimiento en el área rural. No obstante esa evidente faceta de la vida rural, para efectos del estudio oficial y/o científico, la existencia de actividades que rompían con un esquema homogéneo del campesinado fue sistemáticamente subestimado y/o ignorado por completo. Como dice Lehning, “había una preocupación por categorizar, pero una incapacidad para describir la sustancia de las categorías”.⁴¹ Si fuéramos a incorporar algunas de estas actividades —por así decirlo, extrarrurales— en nuestra categoría de campesino, rebasaríamos la dicotomía rural/atrasado/tradicional/ *versus* urbano/desarrollado/moderno, ya que el actor principal del campo, el campesino, tendría un pie en el espacio moderno donde se localiza la actividad de la transformación.

Esta simple consideración trae consigo un aspecto de suma importancia: efectivamente modifica las posibilidades para el empleo de la categoría de campesino. Señala una serie de alternativas para poder contemplar los actores que denominamos campesinos. Así, en el caso del campesino francés de mediados del siglo pasado, bien podríamos hablar de él en términos de un obrero; y como tal nuestras imágenes mentales cambiarían radicalmente de rumbo —en un esquema dualizado, entonces, tendríamos un actor materialmente colocado en una esfera social que le permitiría ser considerado como un posible protagonista de un movimiento *moderno*. O sea, desde hace por lo menos una centuria, es posible hablar de la desintegración de la ontología esencial del campesino; eso nos hace preguntar entonces, ¿qué validez tiene esa categoría esencializada hoy día?

Ya se mencionó una de las formas de relativizar al campesino: o bien lo situamos con un adjetivo que adscribe una localización espacial —mexicano, francés, vietnamita, etcétera—; o bien le colgamos un sufijo con guión (escrito o entendido), como campesino en vías de proletarianización, por ejemplo. Y eso, sin hablar de la plétora de sustantivos adjetivados con

⁴¹ Lehning, *op.cit.*, p. 45: “There was a concern to categorize, but an inability to describe the substance of categories.” Sobre los procesos demográficos entre ciudad y entorno rural en la región de St. Étienne —la misma región estudiada por Lehning—, véase, Jean-Paul Burdy, *Le soleil noir: un quartier de Saint-Étienne, 1840-1940*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1989.

campesino: un caso de éstos se refiere al tema del género, de gran actualidad, donde encontramos como sujeto a la *mujer campesina*, conjunto de términos que, a partir de una concepción esencial del campesino, no tiene cabida alguna.⁴² Es más, el momento que vivimos, de la llamada *globalización*, subraya la multiplicación de etiquetas que le podemos colgar al campesino: migrante eventual, permanente e internacional, indocumentado, vendedor del sector informal, etcétera. A pesar de que esta multiplicidad aparece con gran insistencia en la actualidad, vuelvo a remarcar que desde la *invención* del término, la pluralidad del actor en sí está manifiesta: nada más para citar un caso ya mencionado, los muchos campesinos que encontré en los alrededores rurales del puerto de Veracruz eran migrantes de primera generación. Así, de entrada se rompe con la noción de campesino como objeto estático en el tiempo y el espacio, para luego plantear la idea de alguien con muchas facetas y con un comportamiento dinámico.

Si así es, entonces nos devuelve a la cuestión central: ¿de qué hablamos al usar el término campesino?, y, en particular, ¿cómo se inscribe en el contexto mexicano? Está la sugerencia de mi informante cibernético ya citado, de que campesino retoma un carácter de descripción política que se empata con el término de ejidatario: no es descabellado pensar que el campesino se *inventa* en el contexto de la Revolución mexicana y del reparto agrario. Es un término conveniente para agrupar un conjunto heterogéneo de sujetos que pelean por el acceso a la tierra. De esta manera, campesino se volvió un sinónimo de ejidatario. Esto puede ser difícil de comprender, ya que son dos categorías que pretenden referirse a rangos distintos (pero claro, no divorciados):⁴³ campesino en su forma esencial nos describe una relación de subordinación, con una lógica propia de organización social y productiva, mientras que ejidatario alude a un estadio jurídico específico de tenencia de la tierra y a una forma de organización y administración de los recursos dotados en el proceso de reparto agrario. De alguna manera podría hacerse una analogía entre la formación de un estamento definido

⁴² Esto no está dicho con la intención de enardecer las pasiones, sino simplemente para señalar las contradicciones inherentes al término central bajo consideración. Si las construcciones esenciales del campesino siempre se refieren al hombre, ¿cómo puede haber una mujer campesina? ¡Tal vez se haya escapado a la historia la posibilidad de una relación análoga entre señor feudal y vasalla! ¿El campesino es hombre por antonomasia?

⁴³ En un principio se supondría que todo ejidatario era campesino, pero no todo campesino era ejidatario.

durante la Edad Media y la invención del campesino mexicano en el siglo XX, pero con una morfología muy particular.⁴⁴ El punto interesante es cómo el campesino/ejidatario logra fijar o predecir los comportamientos de ese conglomerado de actores plurales que migran, jornalean, forman agrupaciones gremiales en torno a una rama específica de la producción, solicitan permisos para operar líneas de autotransporte, forman sindicatos de limpiabotas, etcétera.

Al retomar una categoría de campesino, y utilizarla a partir de su supuesta esencia, también estamos encajonando al sujeto más bien como objeto: sus caminos están definidos; como vimos, según las hipótesis, estos caminos consisten en la desaparición y/o la defensa ahistórica de la tradición. Sin embargo, encontramos en México el empleo de esta categoría —tanto en el discurso oficial como en el académico y el militante— que sitúa al campesino en el contexto de la *modernidad*. Se ha creado una esfera específica dentro de la cual el sujeto *debe* entenderse, permitiendo poca diversidad en su quehacer, hasta que, bajo el proceso de la globalización, de nuevo se declara la caducidad del campesino, con los intentos por convencerlo de que ya es un empresario, un productor, etcétera (pero, como sea, se le quiere imprimir otra esencia única y homogénea). También, una multiplicidad de problemas, bajo el término genérico de pobreza, ha impulsado la necesidad de reconstruir categorías que nos permitan contemplar la diversidad de esa figura homogénea de campesino. Esto no quiere decir que habremos de descartar el concepto de campesino de nuestro uso, sino que más bien tendremos que flexibilizarlo, precisamente para poder darse cuenta de la fluidez y movilidad espacial, ocupacional y social que manifiestan los pobladores del campo.⁴⁵

Aunque parezca arriesgado decirlo, parecería que el campesinado en México fue inventado de la misma manera que hace 400 años se inventaron los indios, delimitados en sus propios espacios de acción, con sus respectivos derechos y obligaciones.⁴⁶ Cuando las aperturas del sistema económico y administrativo —especialmente durante las reformas

⁴⁴ A la vez, de (...) una definición en cuanto al acceso a la tierra, este campesino estaría inscrito en el orden jurídico global de la nación, es decir, en calñidad de ciudadano.

⁴⁵ Michael Kearney, *op.cit.*, ha inventado la categoría de *polibian* para considerar la movediza manera en que el campesino se ubica en múltiples espacios sociales sobre un esquema que denomina la retícula.

⁴⁶ Derecho a ciertas dotaciones territoriales y órganos de gobierno, y la obligación de rendir tributo al Estado y la Iglesia.

borbónicas, y más aún durante el siglo XIX— evidenciaron la necesidad de acabar con esta categoría de orden estamental que delimitaba y esencializaba a los indios, se manifestó un proceso contrahegemónico impulsado por ellos que exigía el reconocimiento de su estatus pasado, aun cuando era incapaz de dignificar el conjunto de diversidades y pluralidades al interior de su comunidad. Podríamos decir que, para principios del siglo XX, el indio fue reemplazado en su esencia como categoría de contención por la de campesino, quedando restos de reconocimiento en algunos apartados jurídicos, y manteniéndolos separados de los campesinos —es decir, no existía la posibilidad de un indio-campesino, ni de un campesino-indio—. Sin embargo, yo propondría que esa separación ha sido falsa en el sentido de que niega la posibilidad de que el indio sea portador de elementos esencializados del campesino, y viceversa, que el campesino tenga atributos que se localizan en las definiciones del indio. Veámos.

Al indio se le distingue por el idioma, por el arraigo en sus corporaciones (a propósito, en gran parte, inventadas para él), y obviamente por su relación *atrasada* o contra-progresista con la naturaleza. En fin, se establece la existencia de una cultura completa y explícita que define lo indio. En poco se distancia esta lista de las *definiens* del campesino clásico: la fuerza de la organización comunitaria, a pesar de —o tal vez a raíz de— las diferenciaciones internas; su situación al margen del discurso dominante como simples objetos en lugar de sujetos protagónicos. El punto a destacarse aquí es simplemente que al estudiar, o bien indios/indígenas o bien campesinos como tales, con las definiciones esenciales en mente, poco podemos avanzar en la comprensión de los procesos que se viven en el campo de la actualidad. Aunque muy destacada en los últimos años, diría que la complejidad de las esferas de acción del llamado campesinado siempre se ha manifestado, a pesar de las delimitaciones impuestas; pero es ahora que las categorías de contención están en entredicho —el fin de la reforma agraria en particular— que tenemos que reevaluar la composición de los actores que situamos al margen de la sociedad en el ámbito rural, cuyas acciones, sin embargo, constantemente niegan ese esencialismo social y espacial.

Para concluir este texto, debo aclarar que no creo poder ofrecer unos renglones contundentes sobre una definición del campesino. Precisamente uno de los hilos desarrollados a lo largo de este ensayo, hace referencia al esencialismo que sobrevuela nuestros usos del

término, pero que, en el momento de utilizarlo de manera categorial, esa esencia se nos escapa en el largo y tortuoso proceso espacial y temporal de la historia. El poder de las categorías radica en su esencialismo, y así, mis advertencias sobre la disgregación de lo unitario (proceso encaminado desde el primer momento del establecimiento de la categoría misma) podrían indicar que el uso de campesino ya pasó a mejor vida, tal y como nos lo habían dicho todas las vertientes de interpretación de la sociedad que diseñaban imaginarios lineales (fuesen liberales-progresistas o marxistas críticos).⁴⁷ No obstante, el término persiste en nuestro léxico, y de nuevo toma una relevancia como punto de resistencia; a pesar de todas las indicaciones de su defunción con los procesos de la globalización, políticas como las modificaciones al artículo 27 constitucional y el PROCEDE, por ejemplo, dan una clara muestra de que la invención de esa esencia (re)inventada a partir de la Revolución y la reforma agraria, en México logró penetrar las múltiples identidades generadas en el campo, de tal manera ahora queda cimentada como un puntal de la resistencia a la descomposición de esa identidad. Pero, al mismo tiempo, esto nos hace una llamada a reconsiderar la naturaleza del campesino, y en relación de identidades negadas, como son las étnicas. No puedo, en este momento, hacer más que llamar la atención a cuestiones de este orden, y reiterar la dificultad de llegar a la contundencia.

⁴⁷ En esa caja de pandora, habría que reservar un lugar de mayor respeto a Rosa Luxemburgo.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx